

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo I. Historia

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después Vol. I / Kemy Oyarzún V. ... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Faride Zerán; Marcelo Arredondo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-770-3

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Oyarzún V., Kemy. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Zerán, Faride, pref. VI. Arredondo, Marcelo, pref.

CDD 983



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo I: Historia (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo I ISBN 978-987-722-770-3

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Índice

Prefacio. Otra vez el pueblo 11
Faride Zerán

Yo no voy a renunciar 15
Marcelo Arredondo

Agradecimientos 17
Los compiladores

La vía chilena al socialismo. 50 años después..... 19
Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez

Cultura y feminismos

Unidad Popular: genealogías feministas interseccionales 31
Kemy Oyarzún V.

Educación y democratización en tiempos de crisis.
Alcances contemporáneos de la experiencia de la Unidad Popular 63
Leonora Reyes-Jedlicki, Luis Osandón-Millavil
y Fabián Cabaluz-Ducasse

Producción literaria y editorial durante la Unidad Popular 91
Matías Ayala Munita

Tesis sobre educación y cultura del proceso popular chileno (1970-1973)..... 109
Taeli Gómez Francisco y Juan Rubio González

Mujeres en la Unidad Popular: caminos de liberación	127
<i>Sandra Palestro Contreras</i>	

Lucha popular y derechos

Los trabajadores y el sentido del socialismo en democracia.....	145
<i>Márcia Cury</i>	

Voz del “poder popular”, voz del aparato estatal. Dialéctica sociopolítica y tiempos rotos de la “vía chilena al socialismo” (1970-1973).....	161
<i>Franck Gaudichaud</i>	

La Historia es nuestra y la hacen los Pueblos	179
<i>Ximena de la Barra</i>	

Imperialismo y desarrollo del sistema sanitario chileno desde la UP. Intervencionismo de Estados Unidos en América Latina: apuntes para su comprensión	201
<i>Felipe Rodríguez Ulloa y Catalina Ganga-León</i>	

“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!” La Unidad Popular y el protagonismo de los trabajadores	221
<i>Sandra Castillo Soto</i>	

Poder y partidos

Movimiento de Izquierda Revolucionaria y su lectura sobre la Unidad Popular después del golpe de Estado de 1973	241
<i>María Olga Ruiz</i>	

El Grupo de Amigos Personales.....	263
<i>Patricio Quiroga Z.</i>	

Luchas sociales y alianzas políticas. Actualidad de la epopeya de la Unidad Popular.....	283
<i>Carlos Ruiz Encina</i>	

Diálogos de Fidel Castro y Régis Debray con la vía chilena al socialismo. Legitimidad revolucionaria para el proyecto de la Unidad Popular301
Manuel Fernández Gaete y Roberto Ávila Carrera

La “Vía Chilena al Socialismo”. El largo recorrido desde el Frente de Acción Popular a la Unidad Popular 319
Isabel Torres Dujisin

Economía y reforma agraria

Revolución rural y protagonismo campesino (Chile, 1967-1973)339
Eugenia Palieraki

Economía y correlación de fuerzas en el gobierno de Allende 1970-1973..... 361
Orlando Caputo y Graciela Galarce

El campesinado y la política agraria de la Unidad Popular (1970-1973). Las políticas agrarias en los años 1960 y 1970 397
Jacques Chonchol

La “vía marítima” al socialismo. El transporte marítimo de comercio exterior como límite geoeconómico de la Unidad Popular en el sistema-mundo capitalista, 1970-1973 415
Luis Garrido Soto

Revolución chilena y batalla de la producción agraria. Sabotajes patronales y estímulos al trabajo campesino..... 439
Joana Salém Vasconcelos

Luchas indígenas y territorio

¿Revolución campesina o levantamiento mapuche? Tensiones en La Araucanía durante la revolución socialista 1970-1973 469
Fernando Pairican, Marie Juliette Urrutia y Claudio Alvarado Lincopi

Movimiento Campesino Revolucionario. Luchas mapuche,
política de clase y 'proyecto socialista' durante el gobierno
de la Unidad Popular (Cautín, 1970-1971) 495
Jaime Navarrete Vergara

De corridas de cerco al control territorial. Panorámica de la
resistencia mapuche durante tres décadas, del Movimiento Campesino
Revolucionario a la Coordinadora Arauko-Malleko (1970-2002)..... 521
Filip Escudero Quiroz-Aminao y Paula Malhue Torres

Cambio generacional mapuche y Unidad Popular539
José Luis Cabrera Llancaqueo y Pedro Canales Tapia

Pueblo mapuche: entre la Unidad Popular y los primeros
años de la dictadura cívico-militar (1969-1978)..... 561
Sergio Caniuqueo Huircapan

Imperialismo y contrarrevolución

Las derechas en la calle: el boicot a la "Vía chilena al socialismo" 601
Aníbal Pérez Contreras

El rol de Estados Unidos en el derrocamiento del presidente Allende,
según el Informe Church.....619
Luis Corvalán Márquez

Chile, 1970-2020: revolución, golpe, dictadura y... ¿revolución?635
Xabier Arrizabalo Montoro

Estados Unidos, Escuela de las Américas y la cuestión militar en Chile... 667
Pablo Ruiz y Robert Austin H.

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 697

Revolución chilena y batalla de la producción agraria

Sabotajes patronales y estímulos al trabajo campesino

Joana Salém Vasconcelos

“El cobre es el sueldo de Chile, la tierra es el pan”.

Salvador Allende, 1971.

Introducción

“En Chile de Allende, las revoluciones verde y roja son ahora vistas como interdependientes, y poder y producción como inseparables”, escribieron Cristóbal Kay y Peter Winn (1972) en el segundo año de gobierno de la Unidad Popular (UP) (p. 22). La batalla de la producción agraria fue uno de los principales desafíos para la revolución chilena puesta en marcha con la elección de Salvador Allende en 1970. El gobierno popular no ahorró esfuerzos para dialogar con el campesinado sobre el carácter imperioso de su trabajo, del cual

dependía la alimentación de todos los chilenos y la estrategia de desarrollo de la revolución.

Se suponía que el esfuerzo laboral campesino, productor del “pan de Chile”, permitiría el incremento de las condiciones de vida de todos los trabajadores del país, abriendo camino a tres procesos socioeconómicos simultáneos: primero, la reducción de precios de los alimentos; segundo, la disminución de los subsidios fiscales para fijar estos precios; y tercero, la liberación de divisas usadas con importaciones agroalimentarias en un contexto de declive del precio del cobre, lo que mitigaría déficits comerciales y crearía reservas presupuestarias para comprar bienes de capitales y hacer inversiones sociales. Evidentemente, los campesinos no eran los únicos responsables por el aumento de la producción en la vía chilena al socialismo. Cada categoría de trabajadores tenía su responsabilidad a cumplir. Sin embargo, la disciplina laboral campesina era un eslabón indispensable para que se efectivaran algunas de las principales promesas revolucionarias.

En abril de 1971, Allende dijo: “iniciamos una Campaña de Producción Agropecuaria, cuyo éxito o fracaso dependerá de los compañeros campesinos, que deben discutir el problema y fijar sus metas de producción de alimentos para abastecer el país”. Y prosiguió: “No son los campesinos, ni el gobierno, ni la Unidad Popular los que abandonan sus responsabilidades productivas para abastecer a los chilenos” (*El Siglo*, 12 abril, 1971). El gran desafío revolucionario de la UP era conciliar la batalla de la producción agropecuaria con el proceso expropiatorio más acelerado de la historia chilena, que modificaba profundamente las relaciones laborales en el campo.

Como advirtieron Jacques Chonchol (1964) y Solon Barraclough (1970, 1971), era inevitable que la alteración estructural del régimen de tenencia de tierras generase desorganización productiva. En el caso de la revolución chilena, 5,3 millones de hectáreas fueron expropiadas en 20 meses (Barraclough y Fernández, 1974: 75) y el latifundio (propiedades mayores que 80 *hectáreas de riego básico*) fue eliminado en junio de 1972. Los 9 millones de hectáreas del sector reformado (sumándose las

expropiaciones del gobierno anterior) fueron sometidas a un sistema laboral nuevo, lleno de indefiniciones e incertidumbres.

Aunque la reforma agraria incorporara a la producción una gran cantidad de tierras ociosas de los latifundios, las nuevas relaciones sociales de trabajo no se estabilizarían automáticamente. Menos aun considerando que el proceso expropiatorio era el resultado de luchas sociales, tomas y efervescencia popular, alterando en definitiva la experiencia de vida de los trabajadores y su percepción sobre su propio trabajo. Los desafíos no paraban ahí. Había que considerar la actividad de las fracciones sediciosas de la clase propietaria rural, que realizaban sabotajes cotidianos a la producción. Dicho de otro modo, en el trienio, la tensión de clases en el campo estaba presente en cada centímetro de tierra.

Este artículo analiza los desafíos de la batalla de producción agraria durante el gobierno de la UP en una narrativa con tres partes: la primera trata de las actividades de sabotaje patronal a la producción agropecuaria y la intensificación de la lucha de clases en el campo; la segunda aborda los desafíos de la organización laboral campesina y de los sistemas de remuneración en el sector reformado; y la tercera, el rol del estímulo moral y del trabajo voluntario en la batalla de la producción, una estrategia movilizadora de alianzas entre trabajadores urbanos, estudiantes y campesinos, que intentó compensar deficiencias en los estímulos materiales al trabajo colectivo. Por último, están las consideraciones finales que sintetizan las tensiones entre la emancipación social del campesino y las exigencias de la productividad en la revolución.

Sabotajes patronales y lucha de clases en el campo

Desde 1967, con la aprobación de las leyes de reforma agraria y sindicalización campesina, los propietarios demostraban creciente agresividad. Antes de las elecciones de 1970, fueron inúmeras situaciones de violencia propietaria contra el campesinado y los funcionarios de la reforma agraria. Para poner ejemplos, en enero de 1968, un patrón en Longaví atacó a balazos a dos funcionarios del Instituto de Desarrollo

Agropecuario (INDAP) que visitaban su fundo para asesorar campesinos a crear un sindicato y golpeó a los trabajadores (*La Nación*, 1968, 25 enero). En La Ligua, mismo año, los propietarios de la hacienda Santa Marta de Longotoma bloquearon caminos para inviabilizar reuniones de la Corporación de Reforma Agraria (CORA) con campesinos; un mayordomo golpeó a pedradas a un trabajador y los patrones cortaron el agua de los campesinos (*La Nación*, 1968, 5 marzo). En 1970, dos asesinatos fueron emblemáticos de las tensiones de clase. En abril, la muerte de Hernán Mery, funcionario de la CORA, mientras expropiaba un fundo, conmovió la sociedad chilena (Avenidaño, 2017, p. 316). En julio, el líder mapuche Moisés Huentelaf fue asesinado por propietarios durante una *corrída de cerco* en Cautín (Marín, comunicación personal, 20/04/2017).

Los campesinos respondieron a la violencia patronal con organización sindical, huelgas y tomas.

Sindicalización Campesina, Huelgas y Tomas (1967-1973)

Año	Campesinos sindicalizados	Huelgas	Tomas
1967	50.309	693	9
1968	71.721	648	26
1969	103.643	1.127	148
1970	140.293	1.580	456
1971	253.531	1.758	1.276
1972	279.628	796	307
1973	313.700	316	–

Fuentes: Loveman, 1976, p. 264; Saavedra, 1975, p. 205; Huerta, 1986, p. 337; Gómez, 1981, p. 11; Gómez, 2002.

El triunfo de Salvador Allende fue impulsado, entre otras fuerzas, por la exigencia campesina de aceleración de la reforma agraria. Rápidamente, la batalla de la producción anunciada por Allende se transformó en un eje clave de la guerra política. El sabotaje fue una de las estrategias patronales para frenar la revolución, crear un

clima de caos económico y promover la “profecía autorrealizable” del desabastecimiento. Entre 1970 y 1973, el sabotaje actuó en tres frentes: el trabajo directo de dañar los cultivos; los partidos de oposición suprimiendo presupuestos de las instituciones del agro responsables del fomento productivo; y la militancia de denuncia contraria al sector reformado, que acusaba la reforma agraria de arruinar la producción. Veremos algunos ejemplos a continuación.

La Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) denunciaba las tomas como causantes del caos productivo en Cautín. Aunque los partidos de izquierda divergían sobre las tomas, unieron voces para defender su capacidad de aumentar la producción. Cuando el Ministerio de Agricultura (Minagri) se instaló en Temuco, Chonchol “desmintió contundentemente una serie de falsedades diseminadas por los latifundistas (...) de que la aplicación de la ley de reforma agraria significaría una inevitable crisis de productividad” (*El Siglo*, 1971, 9 febrero). El ministro garantizaba que las cosechas marchaban bien en la Araucanía durante el *Cautinazo*. También aseguraba la “óptima producción lechera de Temuco” (*idem*), demostrando que ni la reforma agraria, ni las tomas auténticamente campesinas generaban crisis productiva.

Luego, autoridades de Santa Cruz (O’Higgins) denunciaron que un latifundista en Chépica había provocado un incendio en su propio cultivo de trigo (*El Siglo*, 1971, 12 marzo). En el mismo mes, centenas de trabajadores rurales de la provincia de Santiago se reunieron para confrontar el sabotaje patronal, junto con solicitar apoyo de las confederaciones y del gobierno (*El Siglo*, 1971, 13 marzo). El gobierno alertaba que “ante el avance rápido, pero profundo y científico (sic) de la reforma agraria los latifundistas han respondido con la disminución de la superficie destinada a la producción” (*El Siglo*, 1971, 3 abril).

En abril, la Federación Provincial Campesina “Por la Razón o la Fuerza”, dirigida por Juan Rubilar y Sergio Ergueta (candidatos a regidores por la Democracia Cristiana, DC) provocó una serie de tomas en Llanquihue, en “una campaña sistemática para crear alarma y

dar la impresión de una situación caótica en el país (...) y dañar la imagen de la UP”, denunció el Subsecretario del Interior (*El Siglo*, 1971, 5 abril). Fueron 51 fundos tomados por la “derecha de la DC” para crear un “caos artificial” por medio del sabotaje productivo. “En un solo día, hicieron experimentar a la producción lechera una baja de 45 mil litros, lo que provocó incluso el hecho de que el Hospital Regional de Puerto Montt careciera de este alimento imprescindible”, registraron (*El Siglo*, 1971, 7 abril).

Otros sabotajes patronales ocurrieron como “autosabotaje”. En Buin, nuevos incendios de cultivos fueron provocado por sus dueños (*El Siglo*, 1971, 1 diciembre). En Coltauco (O’Higgins), el propietario Edgardo Schmutzer soltó 70 vacas y caballos para pastar durante días en su plantación de trigo. La destrucción del cultivo representaba el consumo de pan de 240 personas durante un año (*La Nación*, 1972, 12 enero). Hubo casos en que los propietarios de reservas patronales soltaron sus animales para pastar dentro de asentamientos y Centros de Reforma Agraria (CERA) en la noche, destruyendo el trabajo colectivo.

Algunos funcionarios de la CORA también fueron acusados de sabotaje, aunque minoritarios. Dirigentes campesinos del asentamiento Unión Libertad, en Casablanca, pidieron ayuda al Minagri pues fueron hostilizados por funcionarios de la CORA de la DC: “nos cortaron el agua, dejándonos sin riego 50 cuadras de papas, a punto de perderse”. Además, recusaban créditos a 250 campesinos filiados a Ranquil en Valparaíso (*El Siglo*, 1970, nov).

Desde principios de 1971, los sabotajes patronales movilizaron autoridades máximas del gobierno: “el plan de sabotaje a la producción agrícola, lanzado por el PN y la derecha de la DC fue denunciado ayer en una conferencia de prensa ofrecida por las más altas autoridades del agro, encabezadas por el ministro Chonchol y los dirigentes agrarios de los partidos de la UP”, noticiaba *El Siglo* (1971, 25 de marzo). El ministro anunciaba el Plan de Producción Agraria 1971-1972 como prioridad absoluta del gobierno y convocaba una campaña para frenar el sabotaje.

El poder de consumo de los trabajadores urbanos crecía rápidamente, generando aumento de la demanda alimentaria y una incipiente inflación, contenida con subsidios. El gobierno popular convocaba a los campesinos, junto a los pequeños y medios propietarios, los trabajadores de la CUT, los pescadores, los estudiantes voluntarios, los profesionales del agro y hasta los latifundistas remanentes a la batalla de la producción agraria: “todos van a trabajar”, anunciaba (ídem).

A pesar de la tensión productiva, a fines de 1971 predominaba el optimismo del gobierno sobre la agricultura. La productividad agraria había crecido. Sin embargo, la percepción sobre la oferta de alimentos se vio afectada por el crecimiento del consumo, en función de los aumentos salariales, mejorías en niveles de ingreso, reducción del desempleo y otras políticas sociales. Las familias pobres gastaban más del 50% de sus ingresos en alimentos (Gómez y Ribeiro, 1972).

Aumento de la disponibilidad alimentaria per cápita (1970-1972)

Trigo	16,5%
Arroz	21,6%
Azúcar	23,8%
Leche	53,8%
Carne	25,6%
Huevos	13,5%
Papas	8,1%
Grasas	8,6%

Fuente: Chile Hoy, 1972, p. 10.

Analistas de *Chile Hoy* diagnosticaron una “paradoja del abastecimiento”. Entre 1970 y 1972, la disponibilidad alimentaria global aumentó 27%, debido al aumento productivo y de las importaciones (ver tabla). Los precios de los alimentos importados alzaron en 8% en 1971 y 41% en 1972. Como era predecible, tal proceso generó un

desequilibrio en la balanza comercial. En 1972, El 45% de las divisas de exportación estaban comprometidas con importaciones agroalimentarias. La revolución necesitaba solucionar el problema con rapidez.

Es importante notar que el sabotaje más eficiente no ocurrió en terreno, sino en el parlamento, por medios indirectos. En los tres años de gobierno popular, fueron votadas tres leyes presupuestarias desfavorables a las instituciones del agro, que vieron sus recursos secuestrados por la oposición (DC y PN). En diciembre de 1970, Jacques Chonchol denunció que el Congreso redujo el presupuesto de la Oficina de Planificación Agrícola (ODEPA), responsable por los planes de producción, en 32%; y del Instituto de Investigación y Capacitación para la Reforma Agraria (ICIRA), que coordinaba el Comité Técnico Nacional de Capacitación Campesina, en 57% (*La Nación*, 1970, diciembre).

El estrangulamiento presupuestario del agro fue peor en 1972. La oposición cortó 10 millones de escudos del Fondo de Fomento Lechero, buscando inviabilizar una de las políticas más populares de Allende, que garantizaba medio litro de leche por niño (*La Nación*, 1972, 1 enero). En el caso del INDAP, el gobierno había aumentado de 120 mil a 250 mil la base de pequeños propietarios con asistencia técnica y crédito, pero su presupuesto fue cortado de 400 para 100 millones de escudos. “Un perjuicio irreparable a los pequeños productores”, comentó Chonchol (*La Nación*, 1972, 5 enero). En una marcha de funcionarios públicos en defensa del presupuesto del gobierno, “ha llamado la atención el gran número de funcionarios demócrata cristianos” (*La Nación*, 1972, 5 enero).

La situación del presupuesto de 1972 era tan grave que Chonchol escribió una Carta a los Campesinos Chilenos, explicando que el Minagri disponía de 2,8 mil millones de escudos en 1972, pero la oposición lo cortó en 88%, es decir, 310 millones a menos para INDAP, 50 millones a menos al Fondo de Infraestructura del Minagri, 7 millones a menos a ICIRA, 100 millones a menos para la Empresa de Comercialización Agrícola (ECA) y 551 millones menos para la

Corporación de Fomento (CORFO Agrícola). Aniceto Rodríguez, senador del Partido Socialista (PS), declaró a sus bases: “los campesinos y pequeños propietarios de Linares deben saber que la alianza del PN con la DC en el parlamento mutiló el presupuesto público, especialmente del INDAP” (*La Nación*, 1972, 6 enero).

El sabotaje se repitió en el presupuesto de 1973, cuando fueron mutilados 42% de los recursos de la CORA, obligada a cortar 307 millones del programa de producción del sector reformado y 704 millones de construcciones de escuelas rurales y casas campesinas. Muchos capacitadores de campesinos siguieron trabajando con sueldos retrasados (*La Nación*, 1972, febrero). En respuesta, la CORA anunció que la oposición era responsable por el retraso de 73% de las indemnizaciones a patrones expropiados. La crisis productiva era la “profecía autorrealizable” de la oposición.

La falta de estímulos materiales al trabajo colectivo en el sector reformado

¿Como organizar el trabajo de los campesinos durante el período transitorio de los asentamientos y CERA, de modo a garantizar el aumento de la producción? La Ley de Reforma Agraria y los reglamentos de la CORA previeron que los asentamientos deberían estructurarse sobre relaciones democráticas en su interior, en las cuales la asamblea de asentados elegía una dirección, responsable por la representación administrativa de la unidad, y formulaba planes de producción con base en equipos de trabajo. Sin embargo, la gran mayoría de los campesinos no tenía experiencia en gestión y planificación, no conocía los sistemas de crédito y precios, no conocía la contabilidad de costos de producción, aunque fueran sabios sobre prácticas de cultivos y comportamiento de la naturaleza.

La organización del trabajo en el sector reformado enfrentaba, en primer lugar, el desafío del analfabetismo rural, que en 1970 alcanzaba 26,5% de la población campesina adulta, es decir, 318 mil

personas (Chile, 1989). Más que ello, el analfabetismo funcional rural era inmensurable, pues la gran mayoría de los niños eran sacados de la escuela por los patrones con cerca de 10 años, incorporados como trabajadores no remunerados en las *haciendas*. Nunca más practicaban lectura y escritura. Los procedimientos de gestión cooperativa del asentamiento requerían alfabetización, para leer los folletos sobre derechos laborales y planificación, gerenciar créditos y precios u organizar planes de producción.

Un segundo desafío fue constatado por Paulo Freire (2018) en su exilio en Chile y minuciosamente investigado por los equipos freirianos del INDAP, ICIRA y CORA. Se trataba de superar la presencia real y simbólica del patrón, del mayordomo y de las jerarquías sociales en la vida productiva, que aún manifestaban profundas raíces en la vida campesina. Cuando Freire volvió a Santiago durante el gobierno de Allende, advirtió: “es más fácil liquidar el latifundio en Chile de 1972 que el latifundio cultural” (1972, p. 16). Los trabajadores rurales estaban acostumbrados a recibir órdenes de trabajo y no a tomar decisiones laborales colectivas con autonomía, lo que generó marcas profundas en su subjetividad, afectando las condiciones objetivas de trabajo. La “adherencia al opresor”, como conceptualizó Freire, era una de las tendencias encontradas en el campo, que reproducía padrones jerárquicos de producción, más que los padrones autogestionarios sugeridos al sector reformado. El aprendizaje de la “democracia productiva” no era fácil.

La socióloga Maria Edy Ferreira, que trabajó con Freire en ICIRA, alertaba para dos permanencias de la antigua estructura en las subjetividades y aspiraciones del campesinado. En primer lugar, con base en una investigación dialógica con campesinos de Culiprán sobre sus aspiraciones respecto de la propiedad individual y colectiva, Ferreira (1968) señalaba que la fuerza de la producción individual dentro de la propiedad colectiva todavía predominaba. Los campesinos atravesaron décadas luchando para ampliar su producción autónoma en el interior del latifundio y la tendencia era que siguieran buscando su meta individual en el interior del asentamiento. En segundo lugar,

después de realizar entrevistas en 80 asentamientos con 3.164 asentados sobre las tendencias de poder en el sector reformado, Ferreira (1970) avistó que las jerarquías laborales de la hacienda se reproducían subjetivamente en la nueva estructura. En el asentamiento, por lo tanto, las antiguas jerarquías patronales podrían verse reflejadas en la “formación de una oligarquía burocrática constituida por dirigentes campesinos reelectos para cargos de autoridad dentro del asentamiento” (p. 22). Tales desafíos no siempre fueron visualizados por los planificadores de la batalla de la producción.

A pesar de algunos conflictos entre campesinos y funcionarios que sabotearon la producción, en general los organismos del agro estaban alineados con la demanda de la UP (*El Siglo*, 1971, 14 abril). En noviembre de 1971, una reunión general de Jefes de Zonales de la CORA con David Baytelman, vicepresidente de CORA, fijó metas de producción al sector reformado, que debería expandirse en 4 mil hectáreas frutícolas, preservar el ganado en edad reproductiva, ampliar la pecuaria endógena y aumentar la producción lechera. La CORA anunció 8 millones de escudos en infraestructura productiva y social para la batalla de la producción en 1972. En la reunión, se habló de “aprovechamiento máximo de todos los recursos” y “explotación productiva de nuevas y amplas zonas”, llevándose en cuenta el carácter colectivo del sector reformado (*El Siglo*, 1971, 24 noviembre). En el Plan Agropecuario de ODEPA para 1972-1973, se planificaba el cultivo de 1.709.000 nuevas hectáreas, siendo 814.000 en el sector reformado (Huerta, 1989, p. 365).

La relación entre técnicos del agro y asentados, sin embargo, no era siempre dialógica, siendo frecuentemente jerárquica, a pesar de los esfuerzos de Rolando Pinto en fortalecer una cultura pedagógica freiriana en la CORA (Pinto, comunicación personal, 23/05/2019). Sobre este punto, Ferreira cuestionaba: “frente a los proyectos de la CORA y planes de gobierno, como el campesino asentado va construyendo las líneas de su propio proyecto? ¿Son orientaciones convergentes?” (Ferreira, 1968, p. 16). Es decir, ¿cómo construir una democracia productiva en el seno de una

subjetividad campesina con fuerte herencia de las jerarquías tradicionales? Los liderazgos de la UP y los funcionarios del agro estaban apurados para aumentar la producción y confiaban en los campesinos para impulsar la estrategia económica revolucionaria. Sin embargo, les presentaban planes de producción no siempre compatibles con la subjetividad campesina.

La territorialidad de la batalla de la producción fue heterogénea: hubo asentamientos que aumentaron su productividad colectiva; otros que disminuyeron los cultivos colectivos y crecieron la producción en los goces individuales; otros aún que redujeron la producción, a consecuencia de conflictos internos o sabotajes externas. Como consta en el *Diagnóstico* de Barraclough y Fernández (1974), el campesino por veces se comportó como un pequeño empresario subsidiado dentro de la propiedad colectiva. “Los incentivos a la producción funcionan prioritariamente al nivel de la micro explotación (goces y talajes), en desmedro de la producción colectiva”, constataron (p. 66).

A posteriori, Chonchol (1976) explicó el problema analizando que “la contabilidad de la explotación la llevaban los funcionarios de CORA en oficinas lejanas y sufría de considerable retraso, de modo que al final del año agrícola no se sabía si la explotación había dejado beneficios o pérdidas”. Además, señaló que como “los adelantos salariales eran iguales para todos (...), los campesinos más esforzados vieron que la mejor manera de aumentar su ingreso era dar más importancia al cultivo individual”.

Para solucionar este problema, fue necesario articular dos acciones: primero, crear un sistema diferencial de remuneraciones vinculado al trabajo efectivamente realizado en los cultivos colectivos, es decir, un estímulo material a la batalla de la producción; y segundo, invertir en la capacitación y transformación subjetiva dialógica del campesinado, socializando su economía moral y demostrando en la práctica las ventajas materiales de la economía colectiva. En otras palabras, vincular de manera orgánica la batalla de la producción y la batalla de la capacitación a los incentivos materiales y morales requeridos por la revolución.

En noviembre de 1971, en la Feria Internacional de Santiago (FISA), una de las importantes exposiciones agropecuarias organizadas por la SNA, la CORA y los asentados presentaron por primera vez sus stands, compitiendo con la visión de las exposiciones patronales: “una inusitada ofensiva del sector reformado en el corazón de la exposición anual de la SNA sorprende a muchos visitantes” (*El Siglo*, 1971, 4 noviembre), relataba una noticia: “la muestra de la CORA comprueba que el campesino, fuera del régimen feudal tradicional, en propiedades administradas por ellos mismos, logran aumentar la producción y recuperar todos los índices” (ídem).

Según recuerda Manuel Herrera, militante comunista y profesor de campesinos durante la reforma agraria de la UP, hubo asentamientos muy bien sucedidos en la producción, pero también falta de preparación para la producción colectiva. Herrera enseñaba a campesinos del sector reformado de la provincia de Talca y se encontró con asentados que consumieron sus vacas lecheras descontroladamente, sin registro, en asados y fiestas. Cierta vez, supo que dirigentes de un asentamiento mataron un novillo para comer: “Les preguntamos por qué mataron el novillo y nos dijeron: estamos contentos. Bueno, ¿y lo repusieron? No. ¿Para qué lo vamos a reponer?”, narró el profesor, que entonces decía: “compañeros, si ustedes mataron un animal del asentamiento, hay que reponerlo” (Herrera, comunicación personal, 27/05/2017). A algunos no les gustaba la advertencia: “Nos liberamos del patrón y ahora tenemos otros patrones”, escuchó el profesor.

En San Clemente, Herrera enseñaba sobre la propiedad colectiva e intentaba explicar por qué no se podía gozar individualmente del patrimonio del asentamiento. Decía que el descontrol administrativo ayudaba a la falsa acusación patronal sobre el “caos económico”. Al mismo tiempo, los ambiciosos planes de producción de la CORA ni siempre eran firmados en un proceso dialógico junto a los campesinos. El apuro de la batalla de la producción reproducía pedagogías tecnocráticas e “invasión cultural” (Freire, 1969), lo que fortalecía la tesis del “Estado patrón”.

Según Gómez (1994), un sistema de remuneraciones diferenciales vinculadas al trabajo realizado, es decir, el estímulo material al cultivo colectivo del sector reformado estaba en proceso de construcción en un acuerdo firmado entre el Minagri, ODEPA y todas las confederaciones en agosto de 1973, incluyendo las de filiación no de la UP. Tal sistema sería fundamental para que el campesino pasara a empeñar su esfuerzo laboral en la producción común. Como funcionario de ODEPA, Gómez trabajaba en esta propuesta cuando llegó el golpe.

Estímulos morales, trabajo voluntario y la prueba de octubre de 1972

Frente la ausencia de estímulos materiales para la producción colectiva, el convencimiento político del campesinado y su articulación con partidos y sindicatos se mostraron fundamentales en la batalla de la producción. Sobre eso reflexionó el profesor de campesinos Manuel Herrera en un testimonio. Aunque fuera un disciplinado comunista, el “profe Herrera” participó de la toma del latifundio San Clemente en 1971. Herrera se empeñaba en explicar a los campesinos que “para Allende, si se expropiaba había que aumentar la producción, y no disminuirla” (Herrera, comunicación personal, 27/05/2017). La toma resultó en el asentamiento Luis Emilio Recabarren, con mayoría comunista, y el asentamiento Manuel Larraín, de la DC.

El profesor relata que hubo rivalidad productiva entre los dos asentamientos: “fue una gran envidia pues la productividad y progreso de los compañeros del asentamiento Recabarren fueron notorios y reconocidos por todo el pueblo. No era común: ellos llegaron a tener una micro, un camión propio, donde trasladaban los productos”, rememoró: “en la época de cosecha de papas, las sacaban y no las perdían. Las llevaban directamente a Santiago y se las entregaban a los sindicatos. (...) Estaban dentro de la línea del partido”, explicó (Herrera, comunicación personal, 27/05/2017). El PC desarrolló canales propios de crecimiento de la economía popular obrero-campesina,

asegurando que asentamientos comunistas entregasen su producción a sindicatos urbanos, con quienes intercambiaban productos industriales. Tal incentivo material estaba jerarquizado por su contenido político.

Una de las estrategias de la UP para incentivar la producción fue la amistad entre trabajadores urbanos y rurales. Los sindicatos promovieron encuentros de capacitación y entretenimiento para promover la alianza afectiva entre obreros y campesinos, reforzando el sentido moral del esfuerzo productivo. “Jugaron al fútbol, cantaron, bailaron, almorzaron juntos, se transmitieron sus experiencias”, relataba un periodista sobre el día de encuentro entre obreros de la Industria Textil El Progreso y campesinos de Melipilla: “obreros textiles y trabajadores agrícolas se confundieron, una vez más, en un abrazo fraternal” (*El Siglo*, 1971, 26 octubre).

Una ceremonia de premios a los obreros más productivos fue una forma de incentivo al campesinado. El interventor de la fábrica, Heriberto Molina, explicaba: “ustedes, compañeros del campo, tienen que producir la tierra. Tienen que sembrar y cosechar papas, porotos, arroz... Todo lo que necesita el pueblo para alimentarse. Nosotros tenemos la misión de producir telas para vestirlos a ustedes (...). Tenemos que trabajar más, elevar la producción” (ídem). El gobierno, los organismos del agro, la CUT, los dirigentes sindicales y los partidos convocaban al campesinado a producir más (*El Siglo*, 1971, 3 noviembre). Si el campesino se vinculaba personalmente al trabajador urbano con amistad y compañerismo, podría enfrentar la tarea productiva con empeño colectivista, conociendo a quienes necesitaba alimentar.

Otra estrategia fundamental para la batalla de la producción fue la alianza campesino-estudiantil. En los trabajos de verano, la presencia de estudiantes en los cultivos y en la construcción de infraestructura rural funcionaba como estímulo moral a los campesinos. Durante los tres veranos del gobierno de Allende, una multitud de jóvenes comprometidos con la revolución se movilizó a zonas rurales para participar de jornadas de alfabetización y trabajos productivos

voluntarios en cuatro tipos de brigadas: salud, educación, construcción civil y agropecuaria.

La participación estudiantil en las brigadas de verano en diciembre de 1970 creció 70% en comparación a 1969. Fueron 5.225 estudiantes catastrados por la Oficina Nacional de Servicios Voluntarios (ONSEV) del Mineduc en el primer verano de la UP (*Revista de Educación*, 1967, 1968, 1970). Los estudiantes organizaron 142 campamentos en 15 provincias. La ONSEV firmó convenios con 28 Centros y Federaciones Estudiantiles, entre ellas la FECH, la FEUC, la FEUTE, la Federación de Estudiantes Secundarios (FESECH), Estudiantes Normalistas (CONFECH) y de Estudiantes Agrícolas (FEDEACH), además de juventudes partidarias. El aprendizaje del trabajo voluntario era una vía de doble sentido: expandía la comprensión práctica de los estudiantes sobre la realidad campesina y permitía al campesinado aprender con los estudiantes sobre sus conocimientos. La ONSEV financiaba el 90% de los costos de los trabajos de verano, como un subsidio público para la solidaridad juvenil (*Revista de Educación*, 1970).

La comunista Francisca Rodríguez todavía recuerda sus experiencias como joven voluntaria en beneficio de los campesinos en la batalla productiva. En el verano de 1972, Francisca se unió a los 2 mil jóvenes en un campamento en Tarapacá para construir un sistema de riego agrícola en el Pampa de Tamarugal. El “dren del Cabildo” era una represa subterránea para irrigar miles de hectáreas. Al terminar el verano, los voluntarios se concentraron en el Estadio Nacional para encontrarse con Allende. Francisca recuerda que fue al acto “con el pecho hinchado porque habíamos construido el dren para los campesinos. La juventud se comprometió totalmente, se hicieron obras magnificas” (Rodríguez, comunicación personal, 14/05/2017). Como joven dirigente del Departamento Femenino del PC y del Frente de Mujeres de la UP, durante los mil días de Allende, Francisca viajó entre campo y ciudad para crear vínculos de solidaridad entre mujeres urbanas y rurales.

Otra voluntaria fue Camila Montecinos, que no era afiliada a ningún partido y participó de las brigadas cuando era estudiante de

agronomía de la U. Chile: “en 1972 estuvimos 3 meses en Rengo, en Rancagua. Después, en el primer semestre de 1973 estuve en el sur, en la zona campesina de Victoria”, contó (Montecinos, comunicación personal, 14/05/2017). Aunque no fuera militante de partido, Camila se acuerda de presenciar una solemnidad de filiación de un grupo de campesinos mapuche al Partido Comunista (PC), en un asentamiento de la Araucanía en 1973. Al recibir sus carnés “las personas se emocionaban” (ídem). La presencia de los partidos de la UP en el campo fue creciente y parcela expresiva del campesinado nutría renovada confianza en los voluntarios. No fue casualidad que los sindicatos campesinos afiliados a la UP se expandieron 292% durante el trienio (Barrera, 1973, p. 271; Gómez, 1981, p. 11).



El Siglo relaciona Fidel Castro a la batalla de la producción, 10/11/1971.

El clima de compromiso promovía una mezcla de entusiasmos entre campesinos y estudiantes, sujetos colectivos que pasaron a encontrarse en las concentraciones de apoyo a Allende. El alfabetizador Arnaldo Cáceres, del ICIRA, se acuerda que sus alumnos campesinos recién alfabetizados experimentaron dibujar sus primeras palabras directamente en las pancartas, para llevarlas a las marchas en defensa del gobierno popular (Cáceres, comunicación personal, 29/06/2017).

Otro estímulo moral al campesinado fue la visita de Fidel Castro en noviembre y diciembre de 1971. El líder cubano viajó de Arica a Punta Arenas durante 24 días y dialogó con miles de trabajadores. Allende aprovechó las aglomeraciones provocadas por Fidel para fortalecer la convocatoria a la batalla de la producción. La centralidad de la disciplina laboral para la revolución fue uno de los tres principales asuntos de Fidel Castro en su diálogo con el pueblo chileno de norte a sur. El cubano explicaba que los sacrificios de los trabajadores para la revolución generaban beneficios colectivos, al contrario del sacrificio anterior, bajo coerción capitalista para enriquecer oligarquías (Borges y Vasconcelos, 2019, pp. 246-273).

Por último, un momento decisivo de los estímulos morales para la batalla de la producción fue el paro nacional de octubre de 1972, cuando transportistas y comerciantes privados, responsables por 70% del abastecimiento del país, cruzaron sus brazos en un lock-out contra la revolución. Los campesinos fueron presionados a adherir al paro, pero siguieron trabajando en expresiva mayoría. “El paro obedece a un plan financiado por el imperialismo norteamericano, como queda claro en los documentos de la ITT (...), impulsado por los sectores más reaccionarios del país”, acusó el campesino Pascual Salinas, afiliado a la Federación Campesina Ranquil (*Chile Hoy*, 1972). Afirmaba que los campesinos no cayeron en la trampa. Efectivamente, fue intensa la movilización del “contra-paro” de los trabajadores rurales, que crearon Comandos Campesinos de emergencia y un Comando Nacional formado por la Ranquil, UOC y Confederación Mapuche: “la línea unificada para afrontar el paro nacional” (Ponce de León, 1972).

Chile Hoy desmintió la versión de *El Mercurio*, que afirmaba que 400 mil campesinos habían paralizado en octubre. Este número era incompatible con el registro oficial y la experiencia vivida por los funcionarios del agro. Según Carabineros y ODEPA, solamente 107 propiedades paralizaron actividades por pocos días, retomándolas rápidamente, en un universo de 239.200 unidades productivas rurales (Bengoa, 1972). Comparativamente, la Dirección del

Trabajo contabilizaba que en 1971 fueron 1.758 propiedades con paros campesinos en favor de la reforma agraria, es decir una adhesión 16 veces mayor. En octubre de 1972, “muchos patrones fueron a los retenes y comisarias a denunciar paros en su fundo sin que estos existieran”, según investigó Bengoa (1972): “en solidaridad a los transportistas no pararon más de 4 mil campesinos. Los dos ceros que sobran se los debemos cargar a la cuenta de la desesperación de la oposición” (ídem).



La Nación, 21 de octubre.

La Confederación de Cooperativas Campesinas y la Confederación Libertad también repudiaron públicamente el lock-out. Junto con ellas, otras 27 Federaciones Provinciales Campesinas hicieron lo mismo. En la provincia de Santiago, 30 mil trabajadores agrícolas acusaron el paro de ser “antipatriótico” (*La Nación*, 1972, 16 octubre). Agrónomos del SAG, INDAP y CORA denunciaron al Colegio de Agrónomos, por participar activamente de la sedición. Contra el Colegio, fue creado el Frente Patriótico de Profesionales y Técnicos del Agro (*La Nación*, 1972, 20 octubre). El sector reformado se alió a los pequeños propietarios de modo inédito para enfrentar la situación, conectando diferentes sujetos productivos para obtención de insumos y comercialización de alimentos. Tractores en fila conducidos por campesinos fueron vistos en las rutas para abastecer las ciudades.

El Comando Nacional se reunió con el general Prats, que elogió la conducta campesina (*La Nación*, 1972, 21 octubre). Chonchol dijo que “el paro fracasó debido a la respuesta consciente y productiva de los campesinos, que continúan produciendo y tratando de solucionar los problemas de abastecimiento con los medios que disponen” (*La Nación*, 1972, 16 octubre). Los campesinos además crearon Comités de Vigilancia y Defensa de la Producción, para frenar sabotajes y asegurar que las rutas y ferrovías en funcionamiento no fuesen bloqueadas.

Mientras tanto, Enrique Mellado, presidente de la Triunfo Campesino (dirigida por la DC) declaró que realizaron un paro de 24 horas en solidaridad a los transportistas, pero sin una agenda propia de luchas. La contradicción del discurso de Mellado se hacía evidente cuando constataba: “fuimos siempre duros para exigir que la reforma agraria se hiciera más rápida, más drástica y este gobierno (...) lo ha logrado. Estamos satisfechos”, confesó (*Chile Hoy*, 1972).

Si por un lado el paro patronal de octubre de 1972 generó un caos en la vida económica y política del país, las estrategias de “contra-paro” de los campesinos y trabajadores urbanos aceleraron la relación de solidaridad obrero-campesina. Los comandos y las JAP formaron una alianza urgente, que potencialmente representaba las nuevas formas de economía popular socializada, creando canales directos de intercambio entre trabajadores del campo y de la ciudad. La resistencia productiva del campesinado fue el momento más contundente de los estímulos morales, cuando producción y política se transformaron en una misma acción.

Consideraciones finales

Argumentamos que la batalla de la producción agraria fue un factor fundamental de la lucha de clases en el campo durante la vía chilena al socialismo. A través del aumento de la productividad

agraria, las izquierdas luchaban para demostrar que la propiedad colectiva y autogestionaria del sector reformado correspondía a una forma superior de trabajo y producción, es decir, que era más productiva, justa y eficiente en comparación con el latifundio capitalista.

La batalla de la producción agraria de la UP fue el centro de una guerra política y económica que las oligarquías emprendieron contra la revolución chilena. A pesar de los sabotajes patronales, en 1971, el campesinado logró aumentar la producción agraria, permitiendo una mayor oferta global de alimentos, junto con el incremento de las importaciones. Sin embargo, debido a la paradoja del abastecimiento, la percepción económica sobre la oferta alimentaria no correspondió exactamente a su crecimiento, pues el poder de consumo popular de los trabajadores creció y rápidamente absorbió la oferta alimentaria.

En el ámbito de la organización del trabajo en el sector reformado, es necesario reconocer junto a analistas de la época que no existieron estímulos materiales adecuados para la producción colectiva, una vez que las remuneraciones fijas e iguales del *adelanto* a todos los trabajadores estaban desvinculadas de las jornadas efectivamente trabajadas. Por ello, muchos campesinos siguieron priorizando sus goces individuales y huertos familiares dentro de la propiedad colectiva, haciendo usos inadecuados de insumos y recursos del asentamiento o CERA. Los subsidios gubernamentales, que deberían fomentar la producción común, fueron destinados a incrementar las producciones individuales dentro del sector reformado. Un sistema de remuneraciones diferenciadas y estímulos materiales estaba en construcción entre el gobierno y las confederaciones, cuando vino el golpe.

La batalla de la producción fue exitosa donde hubo convencimiento político del campesinado sobre la solidaridad social con los trabajadores urbanos y apoyo a la revolución. Los estímulos morales ampliaron la conciencia del campesinado sobre la necesidad de la disciplina laboral, a pesar de la ausencia del mayordomo y del

patrón. Los trabajos de verano conectaron a numerosos grupos de estudiantes, entusiasmados con el mundo campesino, que se incentivaban mutuamente al aumento productivo. La visita de Fidel Castro a Chile en 1971 también cumplió un rol pedagógico y fue un fuerte estímulo moral, pues el líder cubano pasó 24 días dialogando con numerosos/as trabajadores/as sobre la disciplina laboral en tiempos de revolución. Otro hecho relevante fue que la mayoría de los campesinos optó por no adherir al paro patronal de octubre de 1972 y siguió trabajando con aún más esfuerzo para compensar los daños, sea por motivos solidarios y colectivistas, o individuales. Esta conducta representó una demostración activa de los estímulos morales al campesinado.

Por último, concluimos que hubo una contradicción entre ausencia de estímulos materiales adecuados a la producción colectiva dentro del sector reformado y la estrategia revolucionaria anclada en la batalla de producción. El desafío de la disciplina laboral campesina en el contexto de ausencia del mayordomo fue subestimado por las vanguardias políticas de la UP y por el gobierno. Hubo un desencuentro entre la prioridad estratégica y los medios para alcanzarla, haciendo necesario un sistema de estímulos materiales diferenciados que no llegó a ser desarrollado en tiempo. Aun así, es posible afirmar que los múltiples estímulos morales garantizaron la disciplina laboral en sectores importantes de campesinos, beneficiados con la reforma agraria, como quedó demostrado en octubre de 1972.

En suma, en el sector reformado, los campesinos necesitaban estar políticamente convencidos de su rol, de la importancia de la solidaridad de clase para alimentar mejor a todo el país y ahorrar divisas para la revolución. La ausencia de estímulos materiales apropiados a la producción colectiva hizo que los estímulos morales cumplieran una función estratégica. Consideramos que las relaciones sociales de producción en el campo y los estímulos a la disciplina laboral del campesinado constituyeron un eslabón importante de la revolución chilena, que articulaba la batalla de la

producción a la batalla de la capacitación dialógica para una economía moral solidaria. Desafortunadamente, el sector reformado no maduró a tiempo de armonizar intereses individuales y colectivos, ya que el proceso de creación popular de la vía chilena al socialismo fue brutalmente interrumpido en septiembre de 1973.

Referencias

Avendaño, O. (2017). *Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1946-1973. Representación de intereses, gradualismo y transformación estructural*. Santiago de Chile: LOM.

Barraclough, S. (1970). Sistemas de tenencia alternativos resultantes de reformas agrarias em América Latina, en *Cuadernos de la Realidad Nacional* no 2, Santiago: CEREN, U. Católica.

Barraclough, S. (1971). Reforma agraria: historia y perspectivas. *Cuadernos de la Realidad Nacional* 7, Santiago: CEREN, U. Católica.

Barraclough, S. y J. A. Fernández. (1974). *Diagnóstico de la reforma agraria chilena*. México DF: Siglo XXI.

Barrera, M. (1973). *Chile 1970-1972: La conflictiva experiencia de los cambios estructurales*. Caracas: ILDIS.

Borges, E. C y J. S. Vasconcelos. (2019). Cuba e Chile: diálogos revolucionários para América Latina, en J. Sales, R. Araújo, R. Mendes y T. Silva. *Revolução cubana: ecos, dilemas e embates na América Latina*. Sergipe: Ed. IFS, pp. 246-273. (gratuito online).

CIDA. (1966). *Tenencia de la Tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola*. Santiago: CIDA.

Chile. (1989). *Indicadores económicos y sociales. 1960-1988*. Santiago: Banco Central de Chile.

Chonchol, J. (1964). *El desarrollo de América Latina y la Reforma Agraria*. Santiago: Editorial del Pacífico.

Chonchol, J. (1976). El campesinado y la política agraria de la Unidad Popular (1970-1973). *Revista Trimestre Económico*, México, Jul-Sep.

Ferreira, M. E. (1968). *Expectativas campesinas y asignación de tierras de Culiprán*. Santiago: ICIRA.

Ferreira, M. E. (1970). *Tendencias del poder entre los campesinos asentados*. Santiago: ICIRA.

Freire, P. (1969). *¿Extensión o comunicación?* Santiago: ICIRA.

Freire, P. (1972). ¿Una dimensión política de la educación? Una conversación con Paulo Freire. *Cuadernos de Educación, Serie Orientaciones (1971-1973)*, 4 (2) 2-25, Santiago: U. Chile.

Freire, P. (2018). *Pedagogia do oprimido*. 65ª ed. São Paulo: Paz e Terra.

Gómez, S. (2002). Organización campesina en Chile: reflexiones sobre su debilidad actual. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 6.

Gómez, S. (1994). *Movimiento campesino, respuesta empresarial y reforma agraria. Una década de profundización democrática en el campo (1964-1973)*. Tese de Doutorado em Sociologia, FFLCH/USP, São Paulo.

Huerta, M. A. (1989). *Otro agro para Chile: historia de la reforma agraria en el proceso social y político*. Ediciones Chile-América, CESOC.

Kay, C. y P. Winn. (1972). La reforma agraria en el gobierno da Unidad Popular. *Sociedad y Desarrollo*, 3. Santiago: CESO, Universidad de Chile.

Loveman, B. (1976). *Struggle in the countryside. Political and rural labor in Chile, 1919-1973*. Bloomington: Indiana University Press.

Saavedra, A. (1975). *Capitalismo y lucha de clases en el campo. Chile, 1970-1972*. Madrid: Alberto Corazón Editor.

Fuentes

El Siglo

Campesinos de Casablanca cuentan sus penúrias, Nov/1970.

No hay problemas con cosechas: el momiaje miente de puro miedo, 09/02/1971.

Latifundista incendió intencionalmente hectáreas de trigo, 12/03/1971.

Sabotaje y sedición patronal, denuncian los campesinos, 13/03/1971.
Chonchol: Plan para derrotar el sabotaje momio en la agricultura, 25/03/1971.

Todo Chile se movilizará por el plan de aumento de la producción agrícola, 25/03/1971.

Cómo opera el sabotaje a la producción agrícola, 03/04/1971.

Elementos DC dirigen “tomas” de fundos en Provincia de Llanquihue, 05/04/1971.

Hacen agua planes freístas para crear “caos” artificial, 07/04/1971.

Los culpables de la agitación en Llanquihue, 07/04/1971.

Trabajadores del agro apoyan planes de Gobierno, 14/04/1971.

Frente común para ganar la batalla de la producción, 26/10/1971.

El campesino: primer actor en la lucha por producir más, 03/11/1971.

FISA: Campesinos muestran sus realizaciones en Stands de CORA, 04/11/1971.

Aumento de la producción analizan en CORA, 24/11/1971.

Dueños de fundos quemán cultivos, 01/12/1971.

La Nación

A balazos tratan de impedir que se reúnan los campesinos, 25/01/1968.

CORA terminó con atropellos y abusos en Longotoma, 05/03/1968.

Violencia desató latifundista en fundo Santa Marta, 12/04/1968.

Administrador de fundos baleó a campesinos em Puerto Montt, Oct./1970.

Chonchol: Disminución de fondos a organismos agrícolas creará serios problemas, Dic./1970.

Reducción de presupuesto paraliza planes educacionales y agrarios, 01/01/1972.

Reducción de presupuestos: "Perjuicio irreparable para los pequeños agricultores", 05/01/1972.

Movimiento nacional de protesta inician trabajadores del agro, 05/01/1972.

Aniceto Rodríguez: "Los planes de desarrollo del país paralizarán", 06/01/1972.

Corte al presupuesto de CORA dificulta el proceso agrario, Feb./1973.

En Coltauco: Latifundista sabotea producción agrícola, 12/01/1972.

Normalmente se ha trabajado en todo el agro chileno, 16/10/1972.

Rechazo total al paro hacen campesinos y profesionales, 20/10/1972.

¡Los Campesinos Trabajan!, 21/10/1972.

Chile Hoy

Bengoa, José. El paro de los conchencos. *Revista Agraria* n.1, 25, Dic./1972.

Editorial: Acuerdo con las confederaciones. *Revista Agraria* n.1, 25, Dic/1972.

Gómez, Gerson & Ribeiro, Iván. Paradojas del Abastecimiento. *Revista Agraria* n.1, 25, Dic/1972.

Ponce de León, Enrique. Los comandos. *Revista Agraria* n.1, 25, Dic./1972.

Enrique Mellado (Triunfo Campesino). *Revista Agraria* n.1, 25, Dic./1972.

Pascual Salinas (Ranquil). *Revista Agraria* n.1, *Chile Hoy* n. 25, Dic./1972.

Revista de Educación

Cerca de 3 mil jóvenes salen este verano al trabajo voluntario, 3, 1967.

Balance de la labor de estudiantes voluntarios en los trabajos de verano de 1968: nuevos proyectos, 4, 1968.

Lily Vega, Los trabajos voluntarios del verano de 1971, una gran jornada juvenil, 32-33, 1970.

Entrevistas

Arnaldo Cáceres, Santiago, 29/6/2017.

Camila Montecinos, Santiago, 14/05/2017.

Francisca Rodríguez, Santiago, 14/05/2017.

Gustavo Marín, Santiago, 20/4/2017.

Manuel Herrera Castro, San Clemente, 27/5/2017.

Rolando Pinto Contreras, Santiago, 23/05/2019.